

sublevado conde que venían á ofrecerle en su nombre reconocimiento y homenaje y á pedirle le concediera tener una entrevista con él. Todo lo otorgó el rey fácilmente; pero el paso del conde encerraba un proyecto pérfido y ocultaba una intención indigna de un pecho castellano. La entrevista se verificó; el conde, mostrándose agradecido, quiso festejar al monarca, y en un banquete que dió le hizo servir una fruta emponzoñada que el monarca comió sin recelo. Apenas la había gustado comenzó á sentir sus efectos mortíferos: con gestos y palabras entrecortadas pudo solo hacer entender su deseo de ser llevado á Leon. Tratóse de ejecutar su voluntad. Pero al tercer día de camino espiró en el monasterio de Castrelo de Miño (967). Su cuerpo fué trasportado á Leon, y sepultado en la iglesia de San Salvador junto al de su hermano Ordoño (1).

Así acabó Sancho el Gordo á los doce años y un mes de haber empuñado por primera vez el cetro de Leon, dejando de su mujer Teresa Jimena un hijo llamado Ramiro, de edad de solos cinco años.

Dos novedades notables ocurrieron en Leon á la muerte de Sancho el Gordo: fué la primera haber colocado la corona en las tiernas sienas del niño Ramiro, habiendo sido hasta entonces la infancia causa frecuente ó pretexto especioso para no sentar en el trono de sus padres á tantos hijos de reyes: la segunda fué haber puesto al tierno monarca, que tomó el nombre de Ramiro III, bajo la tutela de su madre y de su tía Elvira, religiosa esta en el monasterio de San Salvador, viéndose por primera vez una monja constituida en co-regente y gobernadora de un reino.

Un suceso no menos extraño, pero de muy distinto linaje, se verificaba entonces en Galicia. Reposaba tranquilamente en su lecho la noche de la Natividad del Señor el venerable prelado de Compostela Rosendo (967), cuando un ruido que sintió en su dormitorio le hizo despertar despavorido y sobresaltado: un personaje armado de espada y de coraza levantaba con la punta del acero el lienzo que le cubría; seguidamente vió amenazado su pecho con la punta de aquella misma espada. ¡Cuál sería la sorpresa del virtuoso obispo al reconocer á su antecesor Sisnando, el prelado depuesto por Sancho, que habiendo despues de la muerte del rey recobrado la libertad con ayuda de sus parientes, se presentaba á reclamar la silla episcopal de aquella manera y por aquel medio! A semejante insinuación el sobreorgido prelado moströse dispuesto á ceder su báculo, mas no sin tener valor para recordar al obispo guerrero aquellas palabras de Cristo: «El que maneja el acero, por el acero perecerá.» Y despojándose de sus vestiduras episcopales, se retiró resignado al monasterio de San Juan de Cabero edificado por él, pasando despues al de Celanova, fundado tambien por él mismo, donde vivió santa y tranquilamente por espacio de diez años hasta el fin de sus días (2).

En cuanto á Sisnando, cumpliöse en él la sentencia de la noche de Navidad. Habiendo los normandos y frisonos acometido de nuevo la Galicia con una flota de cien velas al mando de su rey Gunderedo (968), y derramándose por la comarca de Compostela, talando, devastando y cautivando hombres y mujeres segun su costumbre, armöse loca y arrebatadamente el guerrero obispo Sisnando de todas armas, y con su gente salió furioso en busca de los invasores: hallólos cerca de Fornelos, los acometió, pero pagó su temeridad cayendo atravesado de una saeta; con lo que huyeron los suyos quedando los normandos dueños del campo (3). Alentados con este triunfo internáronse esta vez aquellos piratas hasta los montes de Cebrero, saqueando, incendiando y degollando sin piedad; hasta que al regresar hácia la costa con objeto de embarcar el fruto de sus depredaciones, viéronse arrollados por un ejército gallego capitaneado por el conde Gonzalo Sanchez (el mismo que habia propinado el veneno á Sancho el Gordo), que arremetiéndole con ímpetu y bravura hizo un espantoso degüello en aquella gente advenediza, quedando entre los muertos el mismo Gunderedo. Quemadas fueron en seguida sus naves, y de este modo desapareció en Galicia aquella hueste.

(1) Samp. *ibid.*—Cron. Iriens., n. 10.

(2) Cron. Iriens. n. 11.—Vit. S. Rudesindi, apud Florez, tom. 18.

(3) Samp. Chron. n. 28.

de atrevidos aventureros, que tan afortunados habian sido en Francia y en Bretaña (4). Era el tercer año del reinado de Ramiro (969).

Desembarazados de este episodio, volvamos la vista hácia la situación de los demás Estados de España al tiempo que comenzaba á reinar en Leon Ramiro III.

Habíamos dejado en 912 establecido en Barcelona al conde Sunyer ó Suniario, hermano de Borrell I, é hijo segundo de Wifredo el Velloso. Lo mismo que los reyes de Leon y de Navarra, habia dividido Suniario su tiempo entre la devoción y la guerra, fundando y dotando monasterios y peleando con los musulmanes fronterizos. La suerte de las batallas le privó de su hijo primogénito Ermengaud o Armengol, á quien amaba tiernamente, y á quien habia dado alguna participación en el gobierno, y titulaba conde de Ampurias. Asoció entonces el apesadumbrado conde en el mando al mayor que quedaba de sus hijos nombrado Borrell, en cuyas prendas cifraba tambien grandes esperanzas, y en quien por último vino á descargar todo el peso del gobierno, retirándose él á un monasterio, donde vistió el hábito religioso, y donde falleció en 15 de octubre de 953. Quedó, pues, Borrell II de conde soberano de Barcelona (954), rigiendo solo el Estado hasta 956, en que entró su hermano Miron á compartir con él el solio, acaso porque así fuese la voluntad testamentaria de su padre. Mas como sobreviniere á Miron una muerte anticipada (31 de octubre de 966), quedó otra vez Borrell II solo para contrarrestar las tormentas que no habian de tardar en amenazar á Cataluña como á los demás Estados cristianos españoles. Promovió entre tanto el segundo Borrell las fundaciones religiosas, y agregó á su corona el condado de Urgel por muerte sin sucesión de otro Borrell primo suyo, titulándose duque y príncipe de la Marca Hispana, aun cuando los demás condados no viniesen vinculados al de Barcelona, pero al cual iban de esta manera incorporándose (5). Este era el conde soberano de Barcelona al advenimiento de Ramiro III al trono de Leon.

En Navarra acabó en 970 su vida y reinado García Sanchez el Temblon, sucediéndole su hijo Sancho García II, llamado el Mayor, de no mas edad acaso que Ramiro el de Leon, y cuyo larguísimo reinado, el mas dilatado que se habia conocido, pues le hacen durar cerca de sesenta y cinco años, fué tambien uno de los que ejercieron mas influjo en la suerte futura de España. Y como si estuvieran los Estados cristianos destinados á sufrir en este tiempo una renovación general en el personal de sus príncipes, acaeció en el propio año en Burgos (970) la muerte del célebre conde de Castilla Fernan Gonzalez, que tantas inquietudes habia causado á los reyes de Leon, que tantas batallas, ya prósperas, ya adversas, habia sostenido contra los musulmanes, uno de los mas activos y briosos adalides de aquella edad, y el fundador de la independencia de Castilla. Enterrósele en el monasterio de Arlanza reedificado por él, y le sucedió en la soberanía de Castilla su hijo García Fernandez (6).

(4) Cron. Iriens. Id. Samp.—Annal. é Hist. Compostel.

(5) Documentos del Archivo de la antigua corona de Aragon, citados largamente por Bofarull en los *Condes vindicados*. Recordamos al lector la rectificación de la Cronología de los condes de Barcelona hecha por Bofarull, distinta de la que hallará en todas las historias generales de España y particulares de Cataluña anteriores á sus investigaciones.

(6) La biografía de este famoso personaje ha sido adicionada con tan maravillosas hazañas y extrañas aventuras por los historiadores y romanceros de los siglos XIII al XVI, que vino á ser manantial fecundo ó inagotable de asuntos dramáticos para los poetas. Y aunque estamos persuadidos de que los únicos hechos señalados y auténticos del insigne conde castellano que constan de las verdaderas fuentes históricas son los que dejamos consignados, basta la popularidad que aquellas han adquirido para que no dejemos de hacer una rápida y sucinta reseña de ellas, si quiera porque esta misma celebridad es ya histórica, y para que el lector pueda tambien juzgar por sí mismo si tales proezas deben pertenecer á la historia ó al romance.

La fama, dicen, de Fernan Gonzalez volaba ya por el mundo desde su mocedad. Una de las hazañas que empezaron á darle prez y á hacer resonar su nombre fué el desafío con el rey de Pamplona Sancho Abarca. Fernan ó Fernando se habia entrado con un ejército por los Estados del rey de Navarra á tomar con la punta de su lanza la satisfacción que no

Solo Alhakem II continuaba en Córdoba en paz con los cristianos y entregado á las reformas interiores del reino y á los placeres literarios, mas de su gusto que las guerras y el choque de las armas. Léjos de aprovecharse de la propicia coyuntura que le ofrecía la tierna edad de los reyes de Leon y de

habia querido dar á sus embajadores. Encontráronse los dos ejércitos y se embistieron con igual ímpetu y coraje; pero como en mucho tiempo ninguno de ellos venciese ni fuese vencido, impacientes entrambos generales se retaron como buenos caballeros para decidir la contienda personalmente y cuerpo á cuerpo. El combate fué tan reñido y fuerte que ambos á un tiempo quedaron heridos, con la diferencia que Sancho Abarca exhaló allí el último aliento, y el valeroso conde de Castilla no solo volvió á levantarse sino que se sintió con fuerzas para pelear seguidamente con el conde de Tolosa que salió á vengar al difunto rey de Navarra, é hizo lo con tal brio que de un bote de lanza le derribó tambien al suelo sin vida, y echó luego del campo á los enemigos, permitiéndoles solo por gracia y generosidad que se llevasen los cadáveres de los dos príncipes. Mas los que inventaron esta proeza no tuvieron presente, que habiendo muerto Sancho Abarca hácia los años 924 ó 26, en que suponen la exaltación de Nuño Rasura, á quien hacen abuelo de Fernan Gonzalez, ó este era un niño cuando mató al rey de Navarra ó acaso no habia nacido todavía.

En cuanto á batallas y victorias contra los moros, atribúyenle tantas que no se dan vagar unas á otras, y tan maravillosas que no hay términos como poderlas ponderar. Con cien caballos y quinientos infantes derrotó el día de San Quince un numerosísimo ejército de infieles, en memoria de lo cual edificó una iglesia á aquel santo en el lugar del combate. El día de la batalla de Simancas, á consecuencia de un voto que hicieron el rey de Leon y el conde Fernando á sus respectivos santuarios de Santiago y San Millan de ofrecer un donativo anual y perpetuo á las dos iglesias si les concedían la victoria, además del eclipse de sol que privó á los hombres de luz por mas de una hora, aparecieron en el aire estrellas ambulantes y cometas de figura espantosa, abrasándose las tierras en viva llama, y se vió pelear en la vanguardia del ejército cristiano sobre caballos blancos dos personajes celestiales, que unos decían eran dos ángeles y otros conocieron ser Santiago y San Millan, el primero en defensa de los leoneses y gallegos y el segundo de los castellanos, y que por eso Leon y Castilla se repartieron el trabajo y las victorias, ganando don Ramiro la primera en Simancas y Fernan Gonzalez la segunda despues en Alhóndiga. A esta siguieron otras muchas en diferentes puntos, casi todas con intervenciones misteriosas, y no podia dejar de adjudicársele la derrota de aquel supuesto general moro *Azeipha*, que ni fué moro ni cristiano, ni general ni hombre.

Pero las dos mas famosas batallas fueron las dos que dicen dió al valeroso y célebre Almanzor á fines del reinado de Ordoño III y principios del de Sancho, es decir, sobre unos veintitis años antes que Almanzor comenzara á darse á conocer como regente del califa Hixem. Acompañaron á estas batallas lances dramáticos y aventuras novelescas, prodigios y milagros patentes. Almanzor habia acudido con un ejército de ochenta mil hombres; las fuerzas de Fernan Gonzalez eran infinitamente inferiores en número; pero este no era un inconveniente para el intrépido conde, que resueltamente marchó con sus escasas tropas á la villa de Lara, por donde los infieles tenian que pasar. Mientras llegaban, quiso divertirse en perseguir un jabalí, que aventado del monte se metió en una ermita en que vivían retirados tres santos varones, Pelayo, Arsanio y Silvano. Al encontrarse el conde con una capilla y un altar parecióle mas oportuno hacer oracion que perseguir la fiera, y puesto de rodillas oró á Dios muy fervorosamente por la felicidad de sus armas. Allí pasó toda la noche, ya orando, ya departiendo con el buen Pelayo, quien le anunció de parte de Dios que ganaría la batalla, pero que antes sucedería una catástrofe impensada y fatal. No nos dicen qué fué entre tanto del jabalí, aunque es de suponer que se volviera al monte.

En efecto, el día de la batalla un caballero llamado Pedro Gonzalez, que tenia fama de valiente, quiso adelantarse con su caballo, y de repente se abrió la tierra y los tragó, sin que jamás volbiesen á parecer ni caballo ni caballero. Quedó con esto el ejército helado de asombro, y hubiera querido retroceder si el conde á voz en grito no hubiera avisado que aquella precisamente era la señal de la victoria que le habia dado el ermitaño, con lo que realentado el ejército acometió con tal ímpetu que en poco tiempo desbarató y destruyó aquel enjambre de mahometanos. Y como mas adelante volbiesen otra vez los sarracenos con duplicadas fuerzas, siendo limitadísimas las del conde, no tuvo reparo en atacar á los infieles, seguro de la victoria, porque así se lo habia ofrecido el mismo ermitaño, que ya difunto se le apareció entre sueños la noche que precedió á la pelea. Duró, no obstante, tres días el combate, hasta que el apóstol Santiago vino á dar visible ayuda á los cristianos, y entonces se cansaron de matar moros por espacio de dos días sembrando de cadáveres toda la tierra. En reconocimiento de tan señalada protección de Dios y de sus santos, reedificó el antiguo monasterio de San Pedro de Arlanza, objeto predilecto de su especial devoción hasta el último día de su vida.

A esta serie de gloriosas hazañas añaden una cadena de aventuras

Navarra, respondia á los que le instigaban á la guerra, entre ellos algunos tráfugas castellanos, con aquellas palabras del Profeta: «Guardad fielmente vuestros pactos, y Dios os lo tomará en cuenta.»

Las nuevas recibidas de Africa vinieron á turbar al sabio

amorosas. Diremos algunas de ellas. Fué el caso que la reina viuda de Navarra doña Teresa, deseando vengar la muerte que el conde habia dado á su padre don Sancho Abarca, discurrió inducirle con palabras dulces y engañosas á que se casase con su hermana doña Sancha, pero con la torcida intención de que esto sirviese solamente como de anzuelo para llevársela á Pamplona, y allí hacerle prender de acuerdo con el rey don García. Marchó, pues, el conde á Pamplona con la alegría y satisfacción de quien va á enlazar su mano con la de una princesa ilustre. Pero el placer de novio se convirtió muy pronto en amargura de prisionero, viéndose encarcelado sin atinar el delito ni la causa. La reina, sin embargo, no logró por esta vez su objeto, porque la princesa, á quien sin duda pareció bien el conde y en su virtud apetecía ya que las fingidas bodas pasasen á veras, ingenióse para sacarle de la cárcel, y escapándose con él llegaron felizmente á Burgos, donde efectuaron su matrimonio.

Indignado el rey de Navarra con la fuga del conde, y mas todavía con la de su hermana, salió inmediatamente con sus tropas para Castilla, resuelto á volverle á prender muerto ó vivo, como pudiese. Pero no pudo de ninguno de los modos, antes fué él el que quedó preso del conde, quien le retuvo mas de un año, hasta que las lágrimas de doña Sancha y los ruegos de los demás príncipes aplacaron el ánimo del héroe castellano. No desistió de su proyecto de venganza la reina viuda. Persuadido, pues, al rey don Sancho de Leon á que con pretexto de celebrar cortes generales llamase al conde y le hiciese prender. Así se verificó, cayendo el bueno de Fernan Gonzalez en este segundo lazo, que por lo visto era el conde mas valiente y hazañoso que cauteloso y precavido. Mas sabedora de su nueva prision la ya condesa doña Sancha, que debia ser señora no poco varonil y resuelta, púsose luego en viaje con pretexto de ir á visitar el cuerpo del apóstol Santiago. A su tránsito por Leon obtuvo la gracia de pasar con su marido en la cárcel toda una noche, y al amanecer puso al conde sus vestidos, con los cuales salió disfrazado sin que la guardia se aperciese de ello, quedando doña Sancha en la cárcel vestida con los del conde. Cuando le pareció que este se hallaría ya en lugar seguro, escribió al rey una carta diciendo: «Señor, aquí me teneis en la cárcel en lugar del conde mi marido, con quien yo he trocado mi libertad. Si os hice injuria en tomaros un preso, lo recompenso enteramente con mi persona entregándome prisionera en su lugar, para que me considereis culpable de sus mismos delitos, si es que los tuviese, y cargueis sobre mí todo el peso del castigo que él hubiera merecido. Dos cosas solo os suplico que consideréis; que yo soy hermana de vuestra madre y mujer del prisionero á quien he libertado. Si os ensangrentais contra mí, os bañareis las manos en vuestra misma sangre, y si castigais mi único delito, castigareis la piedad de una mujer para con su marido, etc.»

Sintió mucho el rey al principio el engaño, pero despues, aplacado su enojo con la razon, alabó el valor de su tía, y mandó que la llevasen á su marido con grande acompañamiento.

Pero aun es mas peregrina la manera cómo logró el insigne Fernan Gonzalez hacerse conde soberano é independiente de Castilla, al decir de los mismos historiadores. Cuentan que el rey don Sancho de Leon se enamoró de un hermoso caballo y de un halcon de singular habilidad que el conde tenia, y como no quisiese admitirlos en concepto de regalo por mas que el conde se empeñara en ello, los adquirió á un precio considerable, conviniéndose en que de no pagarlos el día que se designó, por cada día que pasara se duplicaría el precio. No los pagó el rey, no sabemos por qué; y al cabo de siete años, resentido Fernan Gonzalez de los malos tratamientos que de Sancho habia recibido, reclamó la paga de su caballo y de su halcon, pero se halló que la suma en este tiempo habia subido tanto que no habia en el tesoro real dinero con que satisfacerla; y en su virtud se concertaron los dos en que el conde en recompensa de la deuda quedaria desde entonces soberano independiente de Castilla sin reconocer ningun género de vasallaje á los reyes de Leon. Por mas que la anecdota no carezca de cierto gusto romanesco, tal es su carácter de conseja que hasta los historiadores menos críticos y menos escrupulosos miran ya como cargo de conciencia el admitirla.

El prurito de formar líneas genealógicas, el empeño de hacer á Fernan Gonzalez descendiente directo é inmediato de los jueces de Castilla, y el error de suponer hereditario el condado de Castilla en un tiempo en que todavía no lo era, ha suscitado cuestiones cronológicas de difícilísima solución, si posible acaso, dado que se admitan aquellos principios. Lo que mas averiguadamente consta es que esta parte de España nombrada antiguamente Bardulia, que desde las conquistas de los primeros Alfonsos comenzó á llamarse Castilla por los muchos castillos que para la defensa de sus Estados fueron levantando aquellos príncipes, comenzó tambien entonces á ser regida por condes ó gobernadores á estilo de los godos, pero dependientes de los reyes de Asturias y Leon. El primer conde de quien se tenga noticia fué un Rodrigo, sin duda de origen godo á juzgar por su nombre, pero de familia desconocida. Este Rodrigo fué

califa en sus pacíficos goces. La ambición de los Fatimitas había vuelto á inquietar el Magreb sometido por Abderrahman III. En 968 Moez ben Ismail había enviado un ejército á

el poblador de Amaya (villa á nueve leguas de Burgos), la cual hubo de hacer como la capital del condado, mientras duró su gobierno, como parece indicarlo aquel antiguo refrán:

Harto era Castilla pequeño rincón
Cuando Amaya era la cabeza y Fitero el mojon.

Hijo de este Rodrigo fué Diego Rodríguez Porcellos, el fundador y poblador de Burgos (884), destinada á ser el núcleo y la verdadera capital del condado. Prosiguieron los condes gobernadores, no en línea genealógica ni con título hereditario, sino como autoridades amovibles puestas por los reyes; y á veces no mencionan uno solo las historias, sino varios que regían á un tiempo diferentes comarcas ó fortalezas de Castilla, acaso subordinados á uno principal, como en lo antiguo lo estaban los condes al duque de la provincia. Cítanse entre estos Nuño Fernández, Nuño Nuñez, Gonzalo Tello, Rodrigo Fernández, Gonzalo Fernández y Fernán González, que aparecen como pobladores, Nuño Nuñez de Roa, Gonzalo Tellez de Osma, Gonzalo Fernández de Oca, Coruña del Conde y San Estéban de Gormaz, Fernán González de Sepúlveda. Todos estos condes y algunos otros cuyos nombres se suelen encontrar en las escrituras gobernaban temporalmente y sin orden de sucesión los países ó ciudades que se les encomendaban.

Muy pronto mostraron, así los condes como los pueblos de Castilla, tendencias á emanciparse de los reyes de Asturias y Leon. Pruébalo la temprana rebelión de Nuño Fernández contra Alfonso III su suegro, el duro castigo que Ordoño II hizo en los cuatro condes desobedientes, la elección que se supone de los dos jueces, y que probablemente entonces no tuvo mas objeto que proveerse á sí mismos de magistrados que les administraran justicia mejor que solían hacerlo los monarcas leoneses, hasta que vino el ilustre Fernán González, hijo de Gonzalo Fernández, que con su esfuerzo, valor y destreza supo conquistar poco á poco la independencia de Castilla.

Vemos desde luego á Fernán González eclipsar con su nombre á otros cualesquiera condes subalternos que en Castilla hubiese, dependiendo todavía del belicoso rey de Leon Ramiro II, hacer un papel importante en los mas graves sucesos de la época, pelear por su cuenta con los musulmanes y vencerlos muchas veces: aun preso en las cárceles de Leon despues de frustrada su primera tentativa de independencia, merecer tal consideración y respeto al monarca, que para obtener su juramento de fidelidad hubo de pactar el enlace de su hijo primogénito con la hija del conde: vémosle mas adelante todavía, ó por política ó por fuerza, al servicio de Ordoño III: mas luego aparece (siempre rivalizando su poder con el de los reyes), entronizando á Ordoño IV, casado con su hija la repudiada del III, y lanzando del trono á Sancho el Craso, su aliado anteriormente: y por último conducirse en sus luchas con los reyes de Leon y Navarra con tal actividad, sagacidad y política, que llega á sacudir definitivamente la dependencia de Leon, y á quedar como un soberano absoluto entre ambos reinos, siendo de esta manera el fundador del condado independiente de Castilla, nueva soberanía que en menos de un siglo había de convertirse en el mayor y mas preponderante de los reinos cristianos de la Península, hasta absorber en sí con el tiempo todas las demás monarquías de España.

Casado Fernán González con Sancha, hija del rey Sancho Abarca de Navarra, había tenido de ella varios hijos, de los cuales por muerte de los primogénitos le sucedió en el condado García Fernández, tomando ya esta soberanía el carácter de hereditaria.

Tal fué el principio de la independencia de Castilla, cuyo ilustre fundador fué hartamente esclarecido por sus hazañas verdaderas, sin necesidad para serlo de las que posteriormente hayan podido ser inventadas por romanceros ó historiadores.

En un monumento erigido en la ciudad de Burgos, que lleva el nombre de *Arco de Fernán González*, levantado, dicen, sobre el solar de la casa que habitó el insigne conde, se lee una inscripción latina, que viene á decir: *A Fernán González, libertador de Castilla, el mas excelente general de su tiempo, padre de grandes reyes, á su ciudadano, en el solar de su misma casa, para eterna memoria de la gloria de su nombre y de su ciudad.* Otra mucho mas pomposa se leía en el monasterio de San Pedro de Arlanza, cerca del altar mayor en un sepulcro de mármol sostenido por leones.

Estos nombres patronímicos ó apellidos de Castilla, terminados en *ez*, como *Rodríguez, González, Fernández, Nuñez*, etc., vienen de la costumbre de añadir al nombre de los hijos el bautismal de los padres. Y como en los documentos públicos se los nombraba en latin: *Nunnius Roderici, Rodericus Ferdinandus, Ferdinandus Gundisalvi*, suprimiendo el *filii*, suplíase en castellano con aquella terminación, que equivale en español al *fitz* de los ingleses, al *vitch* de los rusos, al *ben* de los árabes, etc.

Sobre Fernán González y los condes de Castilla pueden verse y cotejarse los documentos recogidos en Sandoval, Yepes, Argai, Sota, Berganza, Salazar de Mendoza, Coronel, Florez en el tomo 26 de la España Sagrada, y otros varios.

los órdenes de Balkin ben Zeir para castigar las tribus zenetas que se habían negado á reconocer su imperio. El edrisita Alhassan que gobernaba el Magreb á nombre de los califas de Córdoba, abandonó deslealmente la causa de su soberano, y se unió á los Fatimitas que hacían proclamar en las ciudades y mezquitas africanas el nombre de Moez. No sirvió una victoria que Ghiafar, general de Alhakem, alcanzó en 972 contra los Fatimitas. La guerra prosiguió viva, y habiendo hecho traición á Ghiafar los jefes zenetas, tuvo que retirarse á Andalucía, donde el califa recompensó sus servicios con el título de *hagib*. Asustado Alhakem con el rápido engrandecimiento de sus rivales de Africa, envió al *walí* Mohammed ben Alkasim con numerosas huestes al Magreb, pero batido por las kabilas berberiseas del traidor Alhassan, pereció en un sangriento combate el caudillo andaluz y los restos de su destruido ejército se refugiaron á Tánger y Ceuta, las solas ciudades que quedaban al soberano cordobés. Aun no desalentado este, despachó á Galib con nuevas fuerzas, diciéndole: «No volverás aquí sino muerto ó vencedor: el fin es vencer; así no seas avaro ni mezquino en premiar á los valientes.» El califa y su caudillo sabían bien el poder que tenía el oro para con aquellos interesados y venales africanos. Las instrucciones fueron ejecutadas; el cebo se derramó copiosa y diestramente, y las codiciosas tribus se dejaron ablandar en tal manera, que en una sola noche se vió Alhassan abandonado de todas sus tropas, á excepcion de algunos caballeros que le ayudaron á refugiarse en la inaccesible *Peña de las Águilas*, donde había dejado su harem y sus tesoros.

Rodeó Galib la roca con toda su hueste, y cortando el agua á los sitiados vióse Alhassan reducido á tal extremidad, que hubo de someterse á la avenencia que le propuso Galib, asegurándole su vida, su libertad y sus tesoros, á condicion de venir á España á hacer por sí mismo su sumision á Alhakem (973). Con esto se posesionaron las tropas andaluzas de la *Peña de las Águilas*; redujo en seguida Galib todos los pueblos y fortalezas de Almagreb, puso en Fez un *walí* de su confianza, y asegurado aquel imperio para el califa en solo un año de campaña, embarcóse en Ceuta para Algeciras (974), llevando consigo al último descendiente de los Edris. Admirable fué la galantería y la generosidad de Alhakem con aquel ilustre prisionero á pesar de su pérdida conducta. Viendo ya en él solamente á un enemigo vencido que venia á ponerse en sus manos, y queriendo al propio tiempo honrar al general vencedor, él mismo con su hijo Abdelaziz y los principales jefes de Córdoba salió á recibirlos á cierta distancia de la ciudad. Cuando se avistaron, apeóse Alhassan y se postró á sus pies. Pero el califa le alargó su mano, y haciéndole que volviese á montar y le acompañase á caballo, entró Alhakem en Córdoba llevando á un lado á Alhassan y á otro á Galib, recibiendo las aclamaciones de la agolpada muchedumbre. No contento con esto el generoso califa, mandó hospedar en el palacio Mogueiz á Alhassan y su familia, señalando rentas de príncipe al que había sido tan ingrato y desleal enemigo. Cuentan que gastaba con él y con los demás africanos, que eran unos setecientos, lo que bastaría para vivir siete mil; con lo cual muchos de ellos se establecieron en Córdoba y quedaron al servicio de Alhakem.

Pero pronto se cansó Alhassan de aquella dorada prision, y pidió al califa permiso para volverse con su familia á Africa. Otorgóselo Alhakem, aunque con disgusto, y á condicion de que hubiera de residir en el Africa Oriental, donde su presencia era menos peligrosa. Embarcóse, pues, el africano con su familia y sus tesoros en Almería para Túnez (976). Mas desde allí partió á Egipto, donde puesto bajo la proteccion del califa Moez, por cuya causa había peleado en Africa, siempre ingrato y pérfido, escribió cartas insultantes á Alhakem, que las recibía con desdenoso silencio (1). «Así se extinguió, dice un escritor erudito, la última huella del imperio de Edris, cuyo postrer vástago vivía de las limosnas de un califa y de la clemencia de otro.»

Desembarazado de la guerra de Africa, pudo Alhakem dedicarse ya exclusivamente á sus ocupaciones favoritas, la ad-

(1) Conde, part. II, caps. 91 y 92.

ministración del Estado y el fomento de las letras y de las artes. Por complacer á su mujer predilecta Sobeyha hizo celebrar con gran magnificencia el reconocimiento y proclamación como futuro sucesor de su hijo Hixem, aunque muy niño. Con este motivo se leyeron en la solemne asamblea de la jura elegantes composiciones en verso de los mejores ingenios de España. Los escritores árabes se complacen, como siempre, en enumerar las obras que se presentaban, el premio que cada una obtenía, juntamente con los nombres y una reseña biográfica de sus autores. Por el número de estos se comprende bien los progresos que la amena erudición había hecho entre los árabes de España, y la estimación grande que gozaban los literatos en el reinado del segundo Alhakem.

Si en tiempo de su padre Abderrahman se había extendido hasta las mujeres la ilustración, el alcázar de Alhakem era como un plantel de literatas que hubieran podido ser el ornamento de la buena sociedad en los mejores siglos. Radhiya, la *Estrella Feliz* que llamaba Abderrahman III, había pasado del padre al hijo; era poetisa é historiadora, y aun despues de la muerte de este príncipe hizo un viaje á Oriente donde se captó la admiración de todos los sabios. Lobna, versada en la gramática y poesía, en la aritmética y en otros ramos del saber humano, prudente además y celebrada por la agudeza de sus pensamientos, era de quien se valía el califa para escribir sus asuntos reservados: Ayxa, de quien dice Ebn Hayan que no había en España quien la aventajara en elocuencia y discreción, ni en belleza y buenas costumbres: Cádiga, que cantaba con dulcísima voz los versos que ella misma componía: Maryem, que enseñaba en Sevilla literatura con gran celebridad á las doncellas de las familias principales, y de cuya escuela salieron muchas alumnas que hacían las delicias de los palacios de los príncipes y grandes señores; y otras que los escritores árabes enumeran con muy justo y fundado placer.

El ejemplo del califa no era perdido para los *walies* y *vazires* de las provincias, que en sus respectivos gobiernos no perdían ocasión de fomentar las ciencias y de proteger y premiar á los doctos. Habíase hecho ya gusto de la época el dedicarse á la cultura del espíritu. La historia nos ha conservado la descripción de cómo solían invertir el tiempo los literatos en sus reuniones amistosas. Ahmed ben Said, docto y rico alfaquí de Toledo, tenía costumbre de reunir en su casa todos los años, en los meses de noviembre, diciembre y enero, hasta cuarenta amigos aficionados á la bella literatura, así de la ciudad como de Calatrava y otras poblaciones. Reuníanse en un salon, cuyo pavimento estaba cubierto de alfombras de lana y seda, con almohadones de lo mismo, y cubiertas las paredes de tapices y paños labrados: en medio de la gran sala había un grueso cañon cilindrico lleno de lumbre, especie de estufa, alrededor de la cual se sentaban. Comenzaba la sesion ó conferencia por la lectura de algun capítulo ó seccion del Koran, ó bien por algunos versos, que luego comentaban, y seguían despues otras lecturas, sobre las cuales cada uno emitía sus ideas. De tiempo en tiempo se suspendía la conferencia, y entraban los esclavos con perfumes para quemar y con agua de rosas para sus abluciones. Despues hacía el medio día les servían una mesa sencilla, pero abundante. Ningun habitante de Toledo, aunque los había muy ricos, era tan generoso y espléndido como Ahmed ben Said, llegando á tanto su amor á las letras que solía pensionar y tener en su casa muchos jóvenes que buscaban su instrucción. Habiéndole hecho el califa prefecto de los juzgados de Toledo, un cadí de la misma ciudad, envidioso de su popularidad y fama, asesinó en su casa á aquel hombre inapreciable y singular.

Inútil es decir que Alhakem buscaba los mas doctos profesores de Oriente y Occidente para que dirigiesen la educación del príncipe su hijo: y supondriase, si las historias no nos lo dijeran, que tenía colocados á todos los hombres ilustrados y doctos en los mas honoríficos y eminentes puestos del Estado.

Al empadronamiento ó matrícula general que mandó hacer de todos los pueblos del imperio debemos las siguientes curiosas noticias estadísticas de la población y riqueza que alcanzaba entonces la España musulmana. Había, dicen, seis ciudades grandes, capitales de capitanías, otras ochenta de

mucha población, trescientas de tercera clase, y las aldeas, lugares, torres y alquerías eran innumerables. Suponen algunos que solo en las tierras que riega el Guadalquivir había doce mil: que en Córdoba se contaban doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas públicas y novecientos baños para el pueblo. Las rentas del Estado subían anualmente á doce millones de miteales de oro, sin contar las del azaque que se pagaban en frutos. Explotábanse muchas minas de oro, de plata y otros metales por cuenta del rey, y otras por particulares en sus posesiones. Eran celebradas las de Jaen, Bulche y Aroche, y las de los montes del Tajo en el Algarbe de España. Había dos de rubias á la parte de Beja y Málaga. Se pescaban corales en la costa de Andalucía, y perlas en la de Tarragona. La agricultura prosperó tambien grandemente al abrigo de la larga paz que supo mantener Alhakem: se construyeron canales de riego en las vegas de Granada, de Murcia, de Valencia y Aragon: se hicieron albuheras ó pantanos con el propio objeto, y se aclimataron multitud de plantas acomodadas á la calidad de cada terreno. En suma, dice el autor árabe que nos suministra estas noticias, este buen rey convirtió las espadas y lanzas en azadas y rejas de arado, y trasformó los belicosos é inquietos musulimes en pacíficos labradores y pastores. Los hombres mas distinguidos se preciaban de cultivar sus huertos y jardines con sus propias manos; los cadies y alfaquies se holgaban bajo la apacible sombra de sus parrales, y todos iban al campo dejando las ciudades, unos en la florida primavera, otros en el otoño y las vendimias. Envidiable estado y admirable prosperidad el de la España árabe de aquel tiempo, que casi nos hace sospechar si habrá alguna exageración de parte de sus escritores nacionales, si bien no desconocemos cuán grande y feliz puede hacer á un Estado un príncipe ilustrado y virtuoso que tiene la fortuna de suceder á otro príncipe no menos grande, filósofo é ilustrado.

Muchos pueblos, continúa el mismo historiador, se entregaron á la ganadería, y trashumaban de unas provincias á otras, procurando á sus rebaños comodidad de pastos en ambas estaciones, en lo cual seguían la inclinación y manera de vivir de los antiguos árabes que de este modo pastoreaban sus ganados, buscando en la *mesaifa* ó estación de verano las alturas frescas hacia el Norte ó Oriente, y volviendo al fin de la estación para la *mesta* ó invernadero hacia los campos abrigados del Mediodía ó Poniente. Llamábanse estos árabes *moedinos*, vagantes ó trashumantes (1).

Largo fuera enumerar todas las obras así literarias como artísticas, industriales y de ornato y comodidad pública que se debieron al ilustre Alhakem. La famosa biblioteca del palacio Meruan dicen que se aumentó hasta seiscientos mil volúmenes (2); cifra asombrosa para aquellos tiempos, cuando hoy mismo con el auxilio del gran multiplicador, la imprenta, y con los progresos admirables de la mecánica, son pocas todavía las bibliotecas que reúnen tan considerable depósito de libros. Siendo la poesía como innata en los árabes y una de las bases de su educación, no podía Alhakem dejar de ser poeta, y lo era por educación y por genio (3).

(1) Es fácil, añade Conde, que de estos *moedinos*, alterado el nombre, haya procedido el de nuestros ganados *merinos*. Y de aquí, no sin verosimilitud, opinan muchos que ha podido traer su origen la institución conocida en España con el nombre de *Mesta*, que tenía un objeto semejante y ha durado hasta nuestros días.

(2) Ebn Alabar, in Casiri.

(3) Bella y notable es la composición que dedicó á la sultana favorita Sobeyha cuando partió para la campaña de San Estéban de Gormaz.

De tus ojos y los míos—en la triste despedida
De lágrimas los raudales—inundaban tus mejillas:
Líquidas perlas llorabas,—rojos zafires vertías,
Juntos en tu lindo cuello—precioso collar hacían:
Extrañó amor al partir—cómo no perdí la vida:
Mi corazón se arrancaba,—el alma salir quería:
Ojos en llanto anegados,—aquellas lágrimas mías
Si del corazón salieron,—en su propia sangre tintas,
Este corazón de fuego—¿cómo no se deshacía?
Loco de amor preguntaba,—¿dónde estás, bien de mi vida?
Y estaba en mi corazón,—y con su encanto vivía....